

A media voz

Antonio Ventura

A la hora de escribir estas palabras sobre la obra de Juan, he recordado —recordar, etimológicamente significa «pasar de nuevo por el corazón»— las sucesivas lecturas de las obras de este escritor, también para niños. Y digo también para niños porque Juan no escribió nunca con esa intención. Ni para adultos tampoco. Yo diría que para nadie, o para él, que es lo mismo, como dice Óscar Tusquets, que «escribir para los dioses». Es desde esa instancia, a mi juicio, desde la que ha escrito y escribe Juan Parias.

Sus primeros libros fueron canónicos y con voluntad de estilo. Quizá por ello, sus obras han tenido lectores ideales de muchas edades. Quizá también por ello, los siguientes, los ya publicados en colecciones infantiles —la razón por la que según Rodari lo son— han seguido teniendo las altas cualidades estéticas de la buena ficción literaria.

Partiré de un libro fundamental, desde mi punto de vista, e invisible durante mucho tiempo: *Los niños numerados* (Oviedo, 1965). Obra secuestrada por la Censura, y que tardó más de treinta años en volver a publicarse.

Este libro ofrece ya muchas de las señas de identidad de una parte de la obra —la más narrativa—, de Juan Farias. La atmósfera que envuelve a los personajes, la aproximación psicológica a los mismos, la construcción paulatina de los distintos arquetipos que cada uno de ellos encarna, el tiempo narrativo y esos —más abundantes cuando su obra crezca— concisos diálogos, profundamente sugerentes. Un libro que tendrá su continuidad en *Los pequeños nazis del 43* (Salamanca, 1987).

Si estas dos obras son un perfecto exponente de esa parte de la obra de Farias, *Algunos niños, tres perros y más cosas*, Premio Nacional de Literatura Infantil en 1980, es la muestra exacta de su otra forma de narrar. La peripecia se hace leve, los señalamientos del narrador casi desaparecen, y el lector se enfrenta a unos personajes sólo insinuados. Una prosa medida en términos poéticos, en la que el discurso literario se adensa, y en la que lo que se dice es así, por cómo se dice. El cuento «Una cinta azul de dos palmos y pico» es el ejemplo exacto de lo que quiero decir.

Las tres heridas de Miguel Hernández —la vida, el amor y la muerte— constituyen la materia prima del universo literario de nuestro autor. Casi podríamos decir que todos los libros de Juan cuentan una historia de amor, de manera realista en un escenario cotidiano. Un realismo en blanco y negro, casi susurrado al oído del lector.

Las pasiones que nos definen como especie —algunas inenarrables en la actualidad por la hipocresía de lo políticamente correcto— se ofrecen al lector a través de personajes reales y, ante todo, verdaderos, esta rara cualidad que singulariza a las grandes obras. La ambición, la ternura, la envidia, la lealtad, el amor, la inocencia, la injusticia y la muerte, como razón de la vida que decía José Bergamín, aparecen en las historias que cuenta este autor, a un lector al que siempre termina haciendo cómplice de sus confidencias.

Los escenarios son casi siempre los mismos, con excepción de unas pocas obras: la España rural, las más de las veces a la orilla del mar. La época: los tiempos de la posguerra española o los años del desarrollismo.

Los personajes, definidos con la transparencia de una acuarela, tienen una sólida entidad desde el inicio de una peripecia, casi siempre escueta. El autor los va construyendo a través de lo que hacen y dicen; pocas veces se detiene a describirlos o caracterizarlos, pero la realidad es que el lector termina sabiendo perfectamente cómo es cada uno. No siempre los niños son los protagonistas de las historias, pero sí son ellos los que con más ternura son tratados por su creador. Todos y cada uno se nos aparecen verosímiles, nítidos y reales.

Pocas veces los pequeños lectores, y los lectores adultos, hemos encontrado un

universo literario tan sugerente y verdadero. Un universo que Juan ha ido construyendo con esa vocación de estilo a la que antes me refería al hablar de sus libros canónicos. Un universo literario en el que como decía Flaubert, el autor debe estar como Dios en la naturaleza: presente en todo él, pero invisible.